

# Un novelista nos ha nacido

Una aproximación a la novela recientemente publicada de Francisco Quevedo, 'El dulzor de la tierra'. | Maximiano Trapero

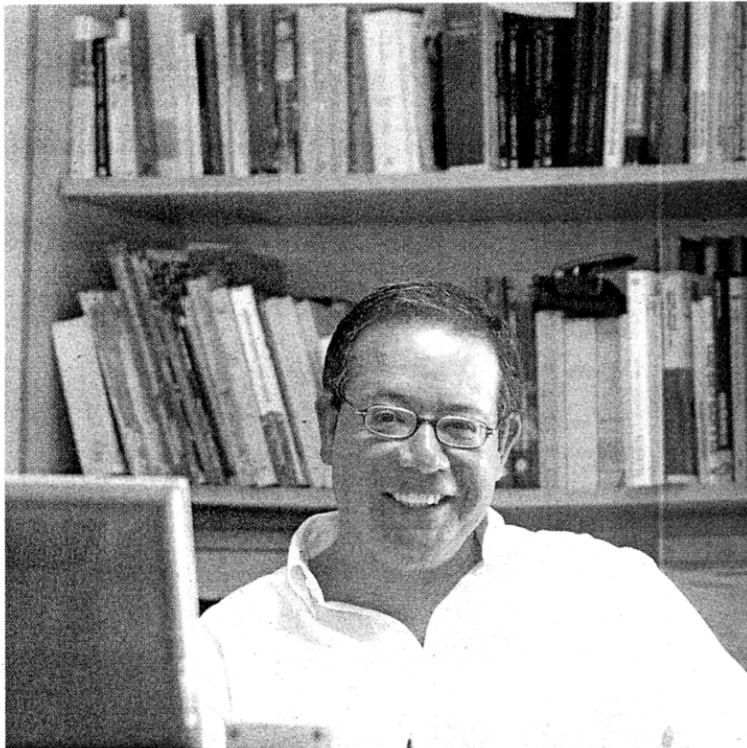
Si no fuera porque ya en su primera novela (*Las Palmeras*, 2002), había apuntado sus buenas dotes como narrador, tendríamos que decir ahora que un nuevo y sobresaliente novelista ha nacido en el panorama de la literatura canaria. Éste es Francisco Quevedo, profesor de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, y la obra lleva por título *El dulzor de la tierra* (Santa Cruz de Tenerife, 2007). La novela sale a la luz con el mejor respaldo que una obra de creación puede desear: la concesión del Premio Benito Pérez Armas de CajaCanarias en la convocatoria de 2005, el premio de narrativa más prestigioso de los que hay en Canarias y que ha consagrado a muchos de los mejores novelistas de las Islas desde 1970, año primero en que se convocó. Pero aun sin ese premio a *El dulzor de la tierra* le está reservado un puesto entre las mejores novelas creadas en Canarias en las últimas décadas, y desde luego su autor debe contar desde ahora entre las plumas más interesantes de la narrativa canaria actual.

La creación literaria, como cualquier obra de creación, es un don que Dios o la naturaleza reparten a capricho, y no hay teoría apriorística que garantice por sí sola la calidad artística de la obra realizada. El hecho de que Francisco Quevedo sea profesor universitario de literatura y especialista además en la novelística canaria contemporánea parecería que le diera ventajas en el momento de ponerse él mismo a novelar. Puede que esa condición le dicte las coordenadas por donde deben ir los hilos fundamentales de la narración, o por donde no deben ir, y hasta cómo deben conjugarse los elementos que juegan en la trama de ese género literario. Pero poner eso en práctica y garantizar que su resultado alcance el grado de "literatura" que se pretende no depende de una teoría sino de un talento personal con el que se nace y que se acrecienta con la práctica. No son raros, pero no son frecuentes los casos destacados de profesores y teóricos de la literatura que a su vez consiguen nombradía en el mundo de la creación literaria. Por algo será.

Una obra de creación no es sólo inspiración. En la novela todo

tiene que estar medido y muy medido, los muchos elementos que intervienen en ella tienen que jugar para el conjunto. Puede que haya lectores que busquen sólo la fábula, la historia que en la obra se cuenta, pero incluso ésta, siendo el elemento primero de la novela, para que tenga las virtudes de la literatura debe ser verosímil narrativamente, tener la garantía de la credibilidad, aunque sólo sea dentro de sus páginas. Mas esa historia se ubica en un espacio determinado, sea real o fingido, y se desarrolla en un tiempo también determinado, y está ejecutada por unos personajes que tienen nombre y personalidad individualizada. Y todos esos elementos requieren por parte del autor tanta atención como la historia misma. Ésa es la "novela total" a la que Francisco Quevedo como cualquier otro novelista de vocación y fundamento aspira.

*El dulzor de la tierra* cuenta la historia de una familia de Las Palmas (con extensiones en Londres y Madrid) a través del protagonismo de las mujeres de cuatro generaciones sucesivas: una familia de ascendencia inglesa instalada en Canarias desde fines del siglo XIX de apellido Grene. El tiempo en que transcurren los hechos ocupa desde los años de la década de los 70 del siglo XX hasta los primeros del siglo XXI. Pero no sólo por ser de nuestro tiempo y de nuestra ciudad la novela resulta interesante. Lo es por tratar de temas generales al ser humano y a la sociedad moderna en la que vivimos, cuales son, por ejemplo, la influencia desmedida y tiránica de una madre, o las relaciones amorosas no consentidas entre jóvenes, o la apatía convertida en rutina de un matrimonio de conveniencias, o la fuerza de un amor incubado en la adolescencia que es capaz de vencer el tiempo hasta consumarse, o las diferencias de personalidad entre padres e hijos, o las barreras que levantan las diferencias sociales, etc. Temas nada originales, pero que siguen siendo vivos, ejemplares, cuando aparecen renovados por las circunstancias particulares en que se desarrollan y cuando éstas están narradas de manera convincente. Como historia de una saga familiar podría resumirse el tema central de *El dulzor de la tierra*



Francisco Quevedo. | LA PROVINCIA/DLP

y como reflejo de una familia en que sigue predominando el dominio de la mujer.

Pero aparte el tema y la historia narrada, el interés mayor de la nueva novela de Francisco Quevedo está, a mi entender, en la manera en que está contada esa historia: no es, desde luego, el tipo de novela del siglo XIX en que la narración transcurre fijamente de una manera lineal y cronológica, pero tampoco es del tipo de novelas surgidas en la modernidad en que todos los elementos de la narración aparecen de tal manera fragmentados que requiere del lector un sobre-esfuerzo añadido para juntarlos y darles continuidad. *El dulzor de la tierra* usa de los recursos de la novelística moderna, sí, por algo su autor es un teórico de la novela, pero lo hace tan comedidamente, tan sabiamente, que esos recursos actúan siempre en favor de la eficacia narrativa. Nunca el lector se hallará perdido, descolocado, respecto de los hechos que se narran. El recurso que el autor hace de las repeticiones así como el de las anticipaciones resultan de una gran eficacia, pues refuerzan y reafirman los puntos clave de la historia. Así, el tiempo se convertirá, a mi entender, en el principal protagonista de esta novela, conjugado por el autor con una filigrana que hacen semejar su obra a un cuadro estático del que sus personajes salen y entran de continuo pero con la apariencia de tener el lector siempre el cuadro completo frente a él. Recurso de autor es,

sin duda, que hace que esta novela adquiera la categoría de literaria.

Y junto al tratamiento magistral del tiempo, tiene también la nueva novela de Francisco Quevedo una gran densidad narrativa: es asombrosa la cantidad de acontecimientos que se acumulan en cada página, todos ellos trenzados por la mano de un autor que los gobierna con precisión. Esa acumulación de motivos fabulísticos le da a la novela tensión narrativa, esa nada fácil cualidad que hace que una narración atraiga al lector, que lo mantenga atento y espere más y más acontecimientos hasta cerrar la historia puesta en las páginas del libro.

Un elemento hay en la novela que resulta ser siempre capital: el desenlace. En el caso de *El dulzor de la tierra* el final es determinante, pues no sólo encontraremos la razón del título que el autor puso a su obra, un título hermoso, sin duda, y hasta poético, pero nada explicativo, que nada ha dicho al lector hasta aquí en relación con los hechos narrados, ni nada ha dicho tampoco el autor sobre él hasta justo la última frase de la novela, sino que encontraremos también en este final las razones del comportamiento de algunos de los personajes clave de la historia, hasta entonces ni siquiera intuidas por el lector y apenas insinuadas por el autor. El final de *El dulzor de la tierra* está tratado magistralmente. La sorpresa para el lector será mayúscula, pues

nada de lo que había ocurrido en la novela lo hacía presagiar, aunque algunos indicios sí que estuvieran repartidos por entre las 260 páginas de la novela. Un desenlace inesperado y resuelto con un procedimiento que se sitúa ya fuera del tiempo de la novela, mediante un "epílogo" con tres cartas de sus personajes principales que revelan las claves para entender e interpretar lo que en el contar de la historia quedaba oculto.

Todo ello requiere de una organización bien calculada y medida, de una estructura planificada, requiere al fin de un autor. Y ése es el sentido que tiene la expresión que se ha hecho corriente de "novela de autor". Quiere esto decir que en estos casos la presencia de un autor es mucho más poderosa que la propia historia narrada. Esto no es una perogrullada, aunque lo parezca, pues sí es verdad que no hay historia si no hay narrador, en el caso de las novelas "de autor" priman más los recursos para contarla que el cuento en sí. Y eso es arte literario, un don que sólo unos pocos tienen, incluso entre los dedicados a explicar la teoría de la literatura, cual es el caso de Francisco Quevedo. Con *El dulzor de la tierra*, Quevedo demuestra ser un verdadero autor, y por eso he querido titular esta reseña sobre su obra con una expresión muy propia de estas fechas navideñas, coincidentes con la aparición de esta novela en las librerías de Canarias.